

UNA SOCIEDAD DE CONCIERTOS CLÁSICOS

Cuenta Málaga con una Sociedad Filarmónica, que en el año actual ha cumplido ciento veinticinco años de existencia —su fundación arranca del 14 de marzo de 1869— si bien con anterioridad a la misma hubo en nuestra ciudad una Sociedad de Conciertos Clásicos de efímera vida y de cuya brevedad —un solo verano— vamos a escribir ahora, recordando y completando algunos aspectos de la misma con datos recogidos principalmente en la prensa de la época y que en alguna ocasión hemos tratado nosotros mismos. Todo surgió a partir de junio de 1868.

El proyecto de la denominada Sociedad de Conciertos Clásicos era bastante ambicioso: Dar a conocer el repertorio clásico en todos sus géneros en interpretaciones de una orquesta integrada por sesenta profesores españoles y extranjeros; los conciertos no bajarían de treinta (más adelante se verá la realidad) y para su celebración se contaba con las apacibles noches veraniegas malagueñas, ya que desde junio hasta finales de septiembre invitaría la benignidad del clima a disfrutar al aire libre de los placeres de la buena música y del contacto social tan cultivado aquellos años de la segunda mitad del mil ochocientos. La dirección de los programas, como diríamos hoy el auténtico promotor de los conciertos, era el profesor D. Antonio José Cappa (Málaga 1824-París 1886), músico competente, compositor y director de orquesta, el mismo que en principio ocuparía la denominada dirección facultativa de la Sociedad Filarmónica hasta su traslado de residencia a Madrid, en 1871, en busca de más amplios horizontes.

Se abrió un abono por treinta conciertos en la temporada, no excediendo —así fue anunciado— de tres por semana los de abono. Para hacer efectivo el importe a los abonados se fijaron dos plazos: la mitad el 1 de julio y la otra mitad el 1 de agosto, gestionándose el cobro por una comisión de los mismos abonados y depositándose el importe en el Banco de Málaga. Los señores que suscribieran el correspondiente abono con anterioridad al 21 de junio, tendrían derecho sin más retribución a asistir a todos los conciertos y fiestas que se celebraran durante la temporada excepto a los que tuvieran fin benéfico; y si por motivos imprevistos no se pudieran realizar el número de conciertos ofrecidos, la misma comisión —que intervenía en todos los gastos— dispondría de la devolución a los abonados de la parte correspondiente a los conciertos que quedasen por dar.

En principio, los conciertos fueron cuatro por semana, los martes, jueves, sába-

dos y domingos y el local, el jardín situado junto a la huerta llamada de Natera. Se construyó un elegante kiosko para la orquesta acondicionándose con sillas y sillones el jardín y habilitándose un local destinado a repostería y refrescos que se anunciaban “servidos a los mismos precios que en los establecimientos mejor montados de la capital”. Grave inconveniente era el paso del cauce del Guadalmedina y se salvó la dificultad abriendo una entrada en el paredón.

El primero de los Conciertos Clásicos tuvo lugar el domingo 19 de julio a las ocho de la tarde; el jardín se abría media hora antes y se cerraba el local a las once. Había entrada para aquellos no abonados a cuatro reales, y media entrada a dos; y con objeto de ofrecer las mayores comodidades, se dispuso un servicio de ómnibus desde la Alameda y la plaza de Riego (plaza de la Merced) a medio real la carrera.

Resulta interesante transcribir la impresión producida en los periódicos locales (*El Avisador malagueño* núm. 8319, del martes 21 de julio de 1868) de esta primera sesión. Insertada la correspondiente nota —con pinitos de crítica musical— en la sección diaria *Gacetilla*, decía así:

“Concierto.- Hemos tenido el gusto de asistir a la inauguración de los conciertos clásicos dirigidos por el Sr. Cappa, quedando sumamente complacidos por todos conceptos. El local es bastante amplio para contener una numerosa concurrencia y está bastante bien preparado. El kiosko es de mucho gusto. Solamente encontramos bastante mal montada la nevería, tanto por la escasez de mesas y el reducido tamaño de éstas, como por lo subidito de los precios. En cuanto a la orquesta merece todos nuestros elogios, por lo igual y bien dirigida, lo cual no podía menos de ser así siendo los profesores escogidos por su inteligente director. Lo bajo de los precios, lo cercano del lugar donde se verifican los conciertos puesto en inmediata comunicación con el centro de la ciudad mediante la rotura hecha en ambos paredones, y el fresco delicioso que allí se disfruta, son circunstancias que convidan a pasar amenos ratos, ahora que ni hay teatros ni fuera posible asistir a ellos con tanto calor como se está experimentando. Recomendamos al público estos deliciosos espectáculos, seguros de que, hasta los menos inteligentes, pasarán un buen rato”.

También en ese mismo diario y en la misma sección *Gacetilla* se hacía otras alusiones —alguna jocosa— a los Conciertos Clásicos. Esta decía así:

“—¿Vas a salir, Pepe?
—Sí, volveré a las once.
—¿No te pones otra camisa limpia?
—¿Para qué? Si me voy con Cappa y allí nadie se para en cómo va uno vestido.
—¡Hombre, con capa haciendo este calor!
—Mujer, si es al concierto de Natera...”.

El público, en principio, tomó con interés la novedad de los Conciertos Clásicos dirigidos por D. Antonio José Cappa y asistía al jardín de Natera. Y los organizadores

paulatinamente mejoraban las instalaciones —entre ellas, las condiciones de la nevería—, se regaban el local y los accesos, se ponían luces en los lugares deficientemente iluminados, y hasta se solicitaba del Alcalde la limpieza del pasillo de Guimbarda, de día constituido en vaciadero general de la vecindad, y de noche tránsito obligado para muchas personas que venían de aquella parte.

El día de Santiago, el sábado 25 de julio, el concierto resultó brillantísimo; las mil y pico sillas colocadas alrededor del kiosko de la orquesta resultaron insuficientes, teniendo que recurrirse a las de la nevería y siguiendo muchas personas el concierto en pie o en los bancos de madera que limitaban el círculo de los espectadores. La interpretación de este tercer programa fue magnífica y el público pidió estusiasmado la repetición de la sinfonía de "Guillermo Tell" de Rossini. Al final —esto se repetiría en algunas ocasiones más como atractivo— se quemó una vista de fuegos artificiales por el profesor D. José Delgado, que si bien fueron pequeños, eran bonitos. El único aspecto negativo —que no por ello fue silenciado— del concierto se refería a las habladurías, carreras y gritos de los niños que llevaron sus mamás y a las charlas de las niñas mayores de quince años, más atentas a sus conversaciones que a oír la música.

Los días de fiesta sí asistía público —niños incluidos, con su subir y bajar las escalerillas del kiosko, distrayendo a los profesores de la orquesta y no dejando oír al auditorio—, pero no ocurría lo mismo los días laborables. El repertorio, de altura, incluía páginas de Mozart y Beethoven, oberturas y movimientos de sinfonías, y cómo no, las populares y gustadas oberturas rossinianas como la de "La Gazza ladra", la de "Oberón" de Weber y la "Marcha de las antorchas" de Meyerbeer, entonces autor de moda.

A mediados de agosto, cuando se llevaban diez o doce conciertos, empezó a sentirse fresco en Natera y hasta algunas gotitas caídas el sábado 15 pusieron en movimiento a los asistentes que tomaron por asalto el kiosko para resguardarse del agua. No obstante el fresquito —que se esperaba pasajero— continuaron los conciertos en Natera y el Sr. Cappa, atendiendo a las indicaciones tanto de la prensa como de los asistentes, de que quebrantase un tanto la rigidez de su repertorio, demasiado clásico, dio entrada en los programas a piezas populares como la sinfonía de "Semiramis" de Rossini, el "Homenaje a Bellini" compuesto sobre motivos de este autor por Mercadante y las tandas de valsos de Gung'l de Waltetüffel.

No mejorando el tiempo y dados quince conciertos desde su iniciación, resolvió la Sociedad trasladarse al Teatro del Príncipe Alfonso para continuar allí los programas si el resultado era satisfactorio. En aquellas fechas existían en Málaga el Teatro Principal, situado en la plaza de su nombre y cuya inauguración había tenido lugar en noviembre de 1793, local en sus últimos años dedicado al cine y que desapareció en nuestro siglo en la década de los sesenta; y el Teatro del Príncipe Alfonso, en sus inicios dedicado a circo y reformado apresuradamente para dar representaciones teatrales con motivo de la visita a nuestra ciudad de la reina Isabel II en octubre del año 1862. En las primeras horas de la madrugada del día 20 de marzo de 1869 ardió completamente y en el mismo sitio de su emplazamiento se levantó el actual Teatro Cervantes.

A ese Teatro del Príncipe Alfonso vinieron a parar los conciertos clásicos del maestro Cappa fijándose unos reducidísimos precios que iban desde los más altos de treinta y seis reales (Palcos de proscenio con 6 entradas) hasta los más modestos de dos

reales (entrada a la galería alta), pasando por Plateas y Palcos principales, Palcos segundos, Butacas, Sillas de tertulia y Asiento de tertulia.

Repentinamente cambió la temperatura y los asistentes al concierto del domingo 23 de agosto en el teatro hubieron de soportar un espantoso calor; y la Sociedad acordó que volvieran los conciertos a Natera "sin perjuicio de seguir dándoles en el Teatro del Príncipe Alfonso si refresca más el tiempo". Y como el tiempo, inmediatamente de tomada tal determinación, refrescó... allí terminaron los conciertos.

Unos días más tarde la prensa (*El Avisador malagueño* núm. 8350, del viernes 28 de agosto) daba cuenta del final de aquello con singular gracejo no escaso de realismo:

—¿Con que murió Natera?

—Sí señor, como muere aquí todo: por consumición.

—¿Y se ha perdido mucho?

—¿Ca!, poca cosa... unos cincuenta duros diarios.

—De suerte que ha habido la abnegación de sostener unos conciertos que a más de no dar para costearse costaban el sacrificio de mil reales diarios. Pues mire, no me parece mucho, si otra vez se hace será más.

Lo que era Natera en una noche de concierto fue descrito en una de las "Cartas a Bonifacio" de Emilio de la Cerda que se publicaron en *El Avisador malagueño* —en la primera carta— que tocaba muy variados temas, que iban del Liceo al Ayuntamiento en cuadro, ejecuciones al por mayor e indultos al por menor, y trataba extensamente lo de Natera:

"... como ya estoy cansado de escribir en prosa, haré mi descripción en verso, dándote cuenta de mis observaciones en la noche del sábado último, día de Santiago en que tuvo lugar el concierto más concurrido que hasta ahora ha habido ni habrá, para consuelo de los que no conociendo nuestra anti-filarmónica ciudad, han tenido ilusiones que converjen hacia la consabida cúspide de la pirámide de que te hablaba antes".

Comienzo, pues, mi versi-prosa:

Por un camino sencillo
y casi casi alumbrado,
por diez serenos guardado
y con polvo hasta el tobillo,
penetré en la huerta aquella
que tanto tiene de tal
como de vate Pascual
como Málaga de bella.

Allí mucha gente va

que la música posee
como yo, que apenas sé
distinguir el *do* del *la*.

Pues señor, allí llegado
tomé una silla... cualquiera.
Has de saber, que en Natera
no hay ningún sitio comprado,
pero esto no obstante, hay gentes
con catorce al retortero;
uno para su sombrero,
trece para sus ausentes
y sinó fuera desdoro,
hay quien, al no encontrar sillas
se mantuviera en cuclillas
o bien sentado a lo moro.
Así el sábado ocurrió,
y si esto a la empresa halaga,
el público (que lo paga),
todo opina como yo.

No es aquí mi intento de hablar
de la orquesta; soy profano
y fuera en mí intento vano
el quererla censurar
solo, si, puedo decir,
que en sitio señalado,
el público entusiasmado
no se cansa de aplaudir,
mas creo, aunque esto no pete
que no falta un *zaganete*
que cumple su obligación.
¡Y a vivir! ¡No es cosa esta
que deshonra a un caballero!
si no les cuesta el dinero...
a mí tampoco me cuesta.

Para charlar, hay recurso
do quiera se reune gente
y es mi intención solamente
darte informes del concurso:

Ni escasean las bellezas
ni fealdades se echan menos

ni hombres malos, ni hombres buenos
Mesalinas ni Purezas
Cursis y muy cultas frases
se oyen mezcladas allí en confuso *Potpourri*.
Lo dicho, dicho: no hay clases.

Muchos hay, que no están por
las *clásicas* armonías
sinó por las melodías
románticas del amor
y arman allí un guirigay,
que ni el de marras peor.
La casta del trovador es lo más necio que hay!

Pues y las ¡por Belcebú!
¿qué allí van tan prevenidas
con mantones y salidas de teatro?
¿Entiendes tú?
Voy a llevar, no es locura
un termómetro a Natera
por ver, si tapias afuera
baja la temperatura.

Cierta cortesana grey
quiere *cortesanizarnos*
y para *desprovinciarnos*
vamos a paso de buey.

Esta es Natera en conjunto
Música que es celestial
para el vulgo en general.
Y... ya en Natera hago punto.